CASTELLS BRISA



David Monnet

La Tabla Maya

Miquel Castells Brisa

DAVID MONNET EN...
LA TABLA MAYA

nº8

Vision Libros

© Obra: David Monnet VIII. la tabla maya

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Febrero, 2012

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-366-0

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Dedicado a José A. Domínguez

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de cuarenta años, de metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso, él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Tiene un aire bohemio y desordenado. Entusiasta y algo fantasioso que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en un personaje altamente refinado. Tiene fama



bien merecida de mujeriego. Amante de la buena mesa y entendido en vinos. Disfruta, cuando tiene ocasión, de una buena partida de poker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal, que le permite ser una autoridad en su profesión, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales, aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión. Sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, que regenta un gran centro de información y archivos de la iglesia católica, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar a los lugares más recónditos del mundo y pasar por trepidantes aventuras repletas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de padres comerciantes, ha cursado estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado el número uno en su materia.

Fruto de sus elevados honorarios, posee un castillo y unos viñedos en la Bretagne, donde elabora unos vinos de gran prestigio, al frente de los cuales y, llevando el negocio de sus bodegas, se encuentra Michelle, una joven mujer con la que tiene algo más que un trato laboral.

INTRODUCCIÓN

Hacía días que Michelle estaba insistiendo en recordarme la carta que Roberto Ramírez de Lafuensanta me había enviado. Se diría que quería separarme de su lado, pero nada más lejos de la realidad. Ella sabía que la monotonía era lo peor para nuestra relación. Se daba cuenta, como mujer inteligente y suspicaz que era, que aún no estaba preparado para afrontar una relación seria y asentada, y tal vez a ella le pasaba lo mismo. Formar un hogar y criar hijos le sonaba como muy trascendental, sin embargo, tenía muy claro que, tarde o temprano, sentiría la necesidad de hacerlo, como también tenía claro que deseaba que fuera conmigo. Así que, muy a su pesar, intentaba alimentar mi

instinto aventurero para que aceptara aquel trabajo que el mexicano Lafuensanta me había ofrecido. De hecho, hacía varios días que estaba refrescando mis conocimientos referentes a la civilización Maya y aquella noche, después de… con Michelle, le dije que por la tarde había aceptado el trabajo de México y que, al día siguiente por la mañana, partiría hacia Cancún.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Tardaremos en volver a estar juntos? —preguntó Michelle.

—Bueno, no sé el tiempo que me ocuparán las investigaciones, pero en previsión… ¿qué te parece si volvemos a…? Más que nada, por si me demoro demasiado…

A pesar de tener una noche "ajetreada", la salida del vuelo a las diez de la mañana del aeropuerto Charles Degaulle de París, hizo que nos tuviéramos que levantar temprano. Michelle no quiso seguir mi recomendación de que no me acompañara a la terminal, pero ella insistió tanto, que no tuve más remedio que ceder.

Durante el vuelo estuve recordando mi anterior viaje a las tierras mayas. Hacía seis años que había estado allí y, a pesar del tiempo transcurrido, aún tenía frescas mis vivencias; sobre todo, Palenque, lugar que me impresionó, sobre todo, el centro ceremonial, desde el Templo de la Cruz. Aquella mole con base piramidal enterrada por una densa vegetación. También recordaba claramente el peine de los tejados en celosía y las esculturas de estuco sobre fachadas de tejados abuhardillados bien conservados. Ni que decir tiene, que aquella cultura, junto con la egipcia, me fascinaba y a fuer de ser sincero, aquella afición mía había contribuido a que aceptara aquel trabajo.

CAPÍTULO 1

Cuando llegué a Cancún eran las veinte horas, el calor hacía que la camisa se pegara a mi piel. La humedad era exagerada y la temperatura agobiante, suerte tuve de que apenas estuve quince minutos en el aeropuerto. Nada más pasar el correspondiente trámite aduanero, una hermosa mujer franqueada por dos solícitos acompañantes me vino a recibir.

—Buenas noches, señor Monnet. Soy Bárbara Harper, la corporación Lafuensanta le da la bienvenida. ¿Ha tenido un vuelo agradable?

—Sí, desde luego, casi estoy por decirle que se me ha hecho corto.

—Me alegro. El señor Ramírez estará contento. Desde que supo de su llegada, no ha parado de recordarme que no me olvidara de venir a recogerlo y que estuviera totalmente a disposición de usted.

Aquello empezaba a ponerse bien. Mientras un joven muy agradable se hacía cargo de mis maletas, la mujer y yo enfilábamos por el pasillo principal del aeropuerto. Aunque procuraba hacerlo con disimulo, no me perdía detalle del físico de aquella mujer: presumiblemente, era mayor que yo, pero la ausencia de arrugas y la tersura de su piel le daban la apariencia de una jovencita. Era de estatura mediana, con el cabello castaño claro, corto y ondulado. Ojos azules y nariz ligeramente chata. Cuando se reía, mostraba unos dientes blancos y perfectos. Era guapa, ¡¡coño, si era guapa!! Y conforme me acostumbraba a sus facciones, cada vez la encontraba más atractiva. Vestía nada espectacular, ni una pequeña licencia al lucimiento corporal. Tal vez en esto consistía su atractivo. Un pantalón de hilo nada ajustado y una camisa, a su vez, del mismo material, ambas prendas de color marfil eran su sencilla indumentaria. Cuando me dio la mano al recibirme, noté